

Iluntasuna

Álvaro Pérez Fernández

Iluntasuna
||nutasuna

Álvaro Pérez Fernández

Capítulo 1

Los preparativos para comenzar la expedición estuvieron listos a primera hora de la mañana. Seis personas en total, con lámparas de aceite y mochilas cargadas con el instrumental necesario para analizar cualquier descubrimiento que pudiésemos hallar aquel día. Nos lideraba Emmanuel, un reputado erudito de culturas antiguas y espeleólogo experimentado. La mano perfecta para dirigir aquel trabajo. Christine y yo éramos las únicas mujeres del grupo, elegidas personalmente por Emmanuel. A mí, por mi extenso conocimiento en lenguas, tanto habladas como muertas. A Christine, por sus estudios sobre simbología. Además, era una aventurera y una persona de recursos; alguien al que te gustaría tener cerca si te perdistes en un bosque o, más apropiado para esta situación, en las profundidades de una cueva. Los otros tres eran meros ayudantes que Emmanuel había reclutado por los pueblos de la zona. Mano de obra joven dispuesta a ser el músculo de la expedición por unas monedas al día.

La entrada a la cueva era un enorme orificio que se abría hacia los interiores de una mole de roca. Oscura y profunda, como si se tratase de una boca que se disponía a tragarnos. He de confesar que fue difícil entrar en la cueva. Todos teníamos nuestras reticencias. Al final, fue Emmanuel el que dio el primer paso, supongo que empujado por su posición de líder. Aun así, avanzó con aire resuelto, confiado, con el sosiego de quien ha pasado un tercio de su vida entre ruinas y cuevas. Su resolución nos devolvió la entereza. Nos lanzamos garganta abajo.

Apenas diez pasos bastaron para dejar de disfrutar de la luz del sol. Las lámparas de aceite se hicieron indispensables a partir de entonces, convirtiéndose en nuestras grandes amigas en aquella oscuridad. El interior de la cueva olía a humedad. El moho crecía sobre las paredes, que se estrechaban sobre nosotros según avanzábamos. Sobre ellas habían garabateado unos caracteres, la mayoría ilegibles por el paso del tiempo. Aquellos que sí se podían leer representaban una única palabra: Iluntasuna. Tinieblas, si mi traducción no era errónea.

Continuamos avanzando por aquel corredor de roca que a ratos descendía y a ratos se elevaba. Era estrecho, pero el techo se alzaba a varios metros de nuestras cabezas. Tanto que la luz de las lámparas no llegaba a iluminarlo. El suelo estaba bastante más limpio de lo que se podría esperar. No había piedras sueltas ni polvo. Sólo el moho que crecía por todos lados.

Caminamos largo rato hasta que llegamos a la primera cámara de la cueva. Enorme, circular y diáfana, a la par que oscura. Albergaba un gran lago, causante del olor a humedad, y bordeado por dos caminos de piedra que se encontraban en el otro extremo de la sala. Sobre el agua se reflejaban las luces amarillentas de nuestras lámparas. Seis puntitos que

flotaban sobre la oscura superficie. Decidimos repartirnos mitad y mitad por los dos caminos, con la intención de encontrarnos en el otro extremo de la cámara. Emmanuel se fue con dos de los ayudantes por el camino de la izquierda, y el resto fuimos por el de la derecha.

No tuvimos que caminar mucho para encontrarnos con la primera de las muchas estatuas que guardaban el camino que recorriamos. Sobre altos pedestales nos vigilaban aquellas figuras humanas, cuya anchura estaba completamente desproporcionada con su altura. Ninguna tenía ojos en su rostro y todas tenían un orbe en su mano izquierda. Eran representaciones pétreas de los guardianes de aquella cultura, según Christine. Por lo visto, adoraban a los ciegos, a los que veían como seres inmunes a los engaños de las apariencias. No pude evitar pensar en cómo la oscuridad de aquel lugar nos convertía a nosotros en algo no muy distinto a un invidente. En el otro camino, Emmanuel se encontró las mismas figuras. Fue incapaz de contener su emoción cuando se encontró con Christine. La antigüedad de aquellas estatuas había encendido su ánimo. Yo me sentía más bien inquieta. Abandonamos el lugar, sumiendo de nuevo en la oscuridad absoluta a aquellos seres de piedra.

Una nueva galería de paredes estrechas y techo inalcanzable nos llevó hasta la segunda cámara. Esta era mucho más pequeña que la primera, casi opresiva. La cámara albergaba unos ídolos de piedra. Parecían trabajos a medio hacer. Pedruscos alargados, de la altura de una persona y con un rostro de ojos cerrados, como si estuviesen dormidos. Por su forma, habría dicho que eran ataúdes de roca. Pero no parecían albergar nada en su interior ni se vislumbraba forma alguna de abrirlos. En las paredes habían perforado la roca para crear unos expositores en los que había colocadas antiquísimas herramientas de hierro oxidado, cuencos de cerámica de formas irregulares y extrañas gafas de montura de madera y gruesos cristales. Estas últimas asombraron a Emmanuel, pues según él, no se conocía el uso de aparatos ópticos en culturas tan antiguas como la de las gentes que habían habitado esa cueva. Yo no estaba tan sorprendida. Las esculturas de la cámara del lago eran impresionantes y los rostros de los ídolos de la segunda cámara estaban muy logrados. Quienquiera que hubiese vivido allí tenía una pericia destacable con los instrumentos y disponía de buena tecnología, nada que ver con los primates de lanzas de madera que uno imagina al pensar en una cultura antigua.

Un repentino eco me sacó de mis pensamientos. Un sonido gutural, lejano, débil. Los demás no parecían haberlo escuchado. Una corriente de aire, quizás. Volví a enfrascarme en el rostro del ídolo. Emmanuel y Christine estaban ocupados en los artilugios del expositor, y todo parecía indicar que se tomarían su tiempo para disfrutar del hallazgo. Sacaban sus propios instrumentos de sus mochilas para comenzar la investigación cuando me giré hacia el ídolo. Su rostro era hipnótico. La perfección con que se habían cincelado sus facciones era impresionante. No había ni una

sola irregularidad en su piel. El escultor no había fallado ni un movimiento en aquella obra. Era un rostro tan sereno que el solo hecho de contemplarlo transmitía tranquilidad.

Un nuevo ruido me turbó. Esta vez sí que lo habíamos escuchado todos. Áspero, alargado. Venía de la galería por la que habíamos llegado, pero sonaba distante, como si algo se estuviera descolgando de su sitio. Nos miramos confusos. Caímos en que algo no andaba bien. Faltaba uno de los ayudantes. Nadie recordaba haberlo visto entrar en la cámara, ni siquiera sus compañeros. Debía de haberse quedado rezagado, quizá perdido en la oscuridad, y el sonido que acabábamos de oír bien podían ser sus señales para que fuésemos a buscarle. Era la opción más probable. Emmanuel y Christine empaquetaron sus cosas y desandamos el camino, pero en nuestro recorrido no observamos ni rastro del hombre.

Llegamos a la primera cámara, allí donde aún éramos seis la última vez que habíamos pasado. La galería entre las cámaras era el único camino para ir de una a otra, no había posibilidad de desviarse ni de caer por algún agujero. Sólo la incógnita del techo nos era desconocida, que seguía inalcanzable por la luz de nuestras lámparas. Deliberamos qué hacer. Quizá nuestro perdido compañero se había encaminado a la salida de la cueva para esperarnos allí. De nuevo, era la opción más probable. Nos dirigimos hacia el exterior, esta vez todos por el mismo camino. No había ánimos de separarse. Todos en fila. Cinco puntos de luz se reflejaban en el agua, el resto del lago era oscuridad. El primer punto pertenecía a la lámpara de Emmanuel. El cuarto era la mía. El quinto hizo un movimiento extraño. Se descolgó del resto, alejándose hacia el fondo del lago. Tardé unos segundos en comprender que en realidad la lámpara estaba subiendo hacia el techo. Y se apagó.

No lo dudé ni un segundo. Eché a correr sin mirar atrás. Mis compañeros sí que lo hicieron. Oí gritos y vi las luces de las lámparas agitarse cuando ellos también echaron a correr. Avancé por la galería que llevaba a la salida todo lo rápido que pude, pero era interminable. Subía y bajaba, y volvía a subir. Mis pulmones ardían. El moho y la humedad hacían resbaladizo al suelo, más aún para alguien que va a la carrera. De mis compañeros sólo veía los resplandores de sus lámparas, pero estos me eran suficientes para saber que algo no iba bien. La luz estaba disminuyendo. Cada vez quedaban menos lámparas encendidas.

El musgo me hizo resbalar al coronar una de las cuevas. La lámpara se me escapó de la mano y se alejó de mí rodando. Me giré a tiempo para ver cómo la última de las luces de mis compañeros se extinguía en la lejanía. No había tiempo de recuperar la lámpara. Me levanté y comencé una carrera atravesando las tinieblas hacia el exterior. Con las manos por delante, palpando la oscuridad que me envolvía, privada de la capacidad de ver y levantando bien los pies para no tropezar. Por fin vi la luz de sol asomar por la salida de la cueva. Incluso una vez fuera no dejé de correr,

dejando tras de mí aquel lugar del que sólo yo pude escapar.